



Soy:

---

Soy **loqueleg**

loqueleg

**Los gatos (y gatitos) del señor Petersand**

Título original: *Mr. Petersand's cats and kittens*

© Del texto y las ilustraciones: Louis Slobodkin, 1958

© De la traducción: Virginia López-Ballesteros, 2019

2020, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +571 705 7777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

Publicado originalmente por The Vanguard Press, U.S.A.

ISBN: 978-958-5444-60-7

Impreso en Colombia por Nomos Impresores.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Los gatos (y gatitos) del señor Petersand

Louis Slobodkin



# Los gatos (y gatitos)



del señor Petersand

Louis Slobodkin

Traducción de Virginia López-Ballesteros

loqueleg





Todos los años, la gente de la ciudad que volvía en verano a Isla Luciérnaga, hacía siempre el primer día las mismas cosas. Le quitaban el cerrojo a las puertas, abrían las ventanas de par en par, llenaban de comida la nevera, llenaban de leña la leñera, luego se sentaban en la sala y suspiraban.

“Ah... ¡Qué bueno estar aquí de nuevo!” solían decir mirando a su alrededor. “Sí, de veras... qué bueno... qué bueno estar de regreso... todo está exactamente igual... no falta nada de nada... excepto... hmm... excepto... ¡Dios mío, la chimenea! ¡Ahí sí que falta algo...!”

Y después de pensar un rato, de pronto caían en cuenta de que a su chimenea le faltaba...

“¡UN GATO!” exclamaban todos al unísono. “¡No tenemos ningún gato... ni tan siquiera un gatito!... ¡No es posible tener una chimenea o una casa sin gato o gatito alguno! ¡Debemos conseguir un gato o un gatito ya mismo para que nuestra casa sea una casa de verdad!”

Entonces salían corriendo en busca de un gato callejero, o al menos de un gatito, que pudieran adoptar para tener una casa digna de ese nombre. Todo el mundo salía en su búsqueda, excepto las personas más sensatas que se traían de la ciudad sus propios gatos o perros, y que se quedaban sentadas en el porche delantero de su casa, mirando con una sonrisa de superioridad a los que salían en busca de un gato o un gatito.

Había un tal señor Petersand que era pescador y vivía en la isla todo el año. Y aunque era una de las dos únicas personas que vivían, sin su familia, en Isla Luciérnaga todo el año (la otra persona era el hombre que se ocupaba del Faro en el extremo más lejano de la isla), el señor Petersand nunca estaba solo porque tenía varios gatos para hacerle compañía. Y no tenía solo dos, tres... o cuatro... ¡El señor Petersand tenía un montón de gatos! ¡Una casa entera llena de gatos!

Nadie sabía cuantos gatos tenía el señor Petersand, él tampoco. Durante las noches de frío, cuando las llamas resplandecían en la chimenea del señor Petersand, sus gatos se acurrucaban en las sillas, las repisas, las almohadas, y en cualquier otro lugar adecuado para el descanso de un gato. Había gatos durmiendo acurrucados por todo el piso, que parecía cubierto por una alfombra suave, peluda, multicolor ¡y roncadora!

El señor Petersand se sentaba a menudo en la cama e intentaba contar todos los gatos que tenía mientras dormían, pero solía quedarse él mismo dormido mientras contaba.

Cuando hacía buen tiempo, la puerta de su casa siempre estaba abierta y los gatos entraban y salían a sus anchas cuando querían, por las puertecitas giratorias que el señor Petersand había recortado en las paredes de su casa, con la medida justa para que pasara un gato.







Cuando hacía mal tiempo, los gatos deambulaban por dentro de la casa (raras veces por fuera).

Cerca de la chimenea había siempre un gran recipiente lleno de leche templada, y otro que el señor Petersand llenaba con las cabezas de los peces que pescaba durante el invierno. Durante los meses de más calor, el señor Petersand no iba a pescar. Así que durante el verano, les servía hígado picado (y bien sabroso, porque lo sazonaba con un poco de caldo de pollo).

No, nadie sabía cuántos gatos tenía el señor Petersand, pero todo el mundo sabía que tenía gatos. Así que cuando la gente que quería un





gato para tener una casa de verdad veía un gato o un gatito que le gustaba paseando por algún rincón de Isla Luciérnaga, decía: “¡Oh, mira qué gato tan lindo! Cojámoslo. Estoy seguro de que al señor Petersand no le molestará”.

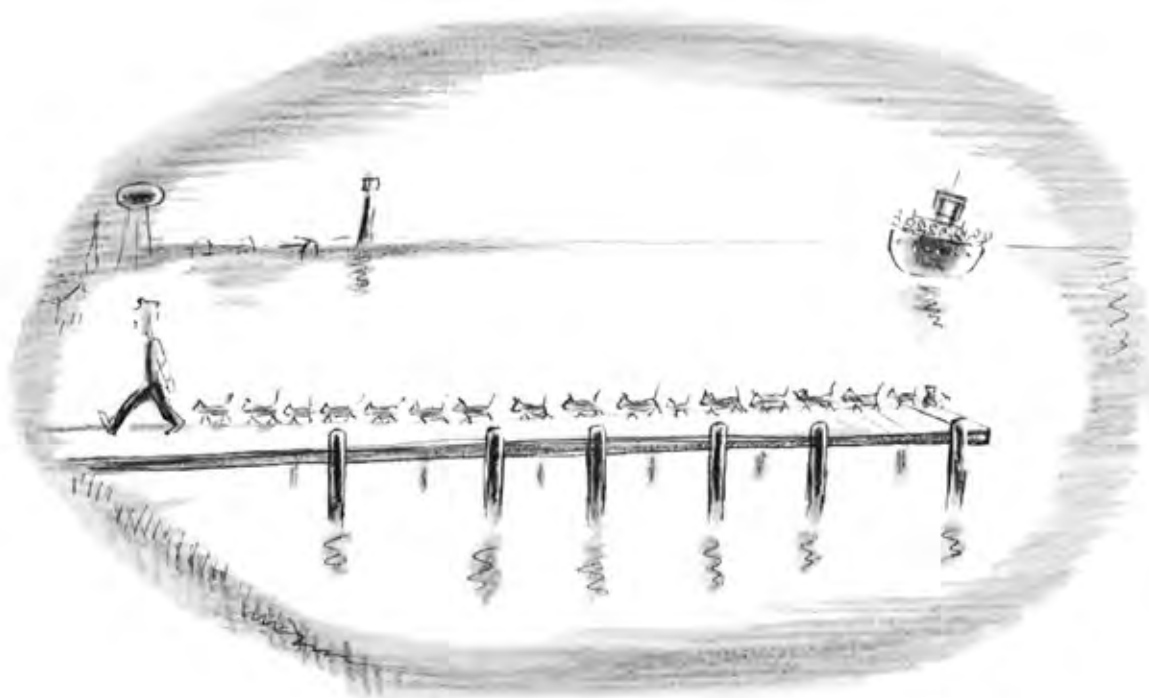
Y al señor Petersand no le molestaba. Sabía que la gente que venía a veranear a Isla Luciérnaga cuidaba muy bien de sus gatos y gatitos. Y que cuando los veraneantes volvían a la ciudad, todos los gatos y gatitos volvían con él.



Claro que también sabía que los consentían y malcriaban en exceso, y que los gatos engordaban demasiado de tomar tanta nata y tantos filetes de carne.

Al final del verano, el señor Petersand bajaba siempre al embarcadero para observar a los veraneantes, cargados con sus maletas y demás cachivaches, apretujándose en el último barco que salía de Isla Luciérnaga. Sus gatos se reunían allí con él y, mientras estaban todos en el embarcadero, el señor Petersand les decía adiós con la mano y los gatos les decían adiós con la cola. Algunos de los veraneantes les devolvían el saludo desde el barco.

Después, el señor Petersand y sus gatos regresaban a su casa, en una fila india muy, muy larga.





Así ocurría año tras año, verano tras verano. Los veraneantes llegaban y se marchaban. Los gatitos se convertían en gatos y nacían más gatitos... Y eso pasó año tras año, verano tras verano, hasta esa oscura noche de finales de agosto, en que el señor Petersand se lastimó un dedo del pie.

Aquella noche, el Señor Petersand oyó el maullido aterrador de un gatito perdido en la oscuridad. Se puso un overol encima de la pijama y salió, descalzo. Se le olvidó coger la linterna. Se alejó un poco de la casa, llamándolo con una voz dulce, “Ven, gatito, ven aquí, gatito”, y enseguida el gatito lo oyó y fue hacia él.

A pesar de la escasa luz, el Señor Petersand la reconoció.

Era la gatita a la que llamaba Ojonegro porque, aunque fuera de un blanco deslumbrante (cuando su mamá la lavaba), tenía un parche de pelo negro alrededor de uno de sus brillantes ojos verdes.

El señor Petersand no solía ponerle nombre a sus gatos. Solo les llamaba Moreno, Blanco, Pardo... y a veces “¡Oye, tú!” Pero de vez en cuando había un gato especial al que ponía un nombre, y esta gatita era una de las especiales. No dejaría a ningún veraneante adoptar a Ojonegro.